

Para Miguel

Debo confesarles que estas son palabras que no hubiera querido tener que decir. Pero las deudas de gratitud son innegociables y, cuando se da la ocasión, es de gente bien nacida saldar las cuentas que están pendientes. Por eso estoy aquí, para honrar a un maestro y recordar a un amigo.

Hace un tiempo se tomó la decisión de llamar al edificio donde funciona el Departamento de Ingeniería Química de la Facultad de Ingeniería de la UNLP con el nombre de quien fue uno de sus primeros egresados y su primer Jefe de Departamento. En aquella oportunidad, recordábamos esa máxima vital que dice que, en la vida, hay que plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo.

En la vida académica del Ingeniero Miguel de Santiago se habían cumplido, con creces, las tres premisas: el Departamento era su árbol; su producción, su libro y nosotros, que orgullosamente nos llamábamos sus discípulos, lo que resta.

Se lo pudimos decir mirándolo a los ojos, porque los mejores homenajes son los que se hacen a tiempo.

Ahora ya no le podremos decir nada más, ni pedirle consejos ni ayuda para resolver ningún problema. Vamos a tener que transitar lo que nos falta sin ese ladero que nos apadrinaba.

Discúlpenme, si desatendiendo al auditorio y al ámbito que nos reúne, no me detengo, puntualmente, a recorrer la trayectoria profesional del ingeniero de Santiago. Si lo hiciese, traicionaría el sentir que me genera su ausencia.

Pero, igual, no puedo dejar de recordar que Miguel tuvo siempre un espíritu fundacional, con aguda visión para concebir y un enorme empuje para concretar.

Lo conocí cuando, en tercer año, me enfrenté, por primera vez, a los fenómenos de transporte. Miguel, desde estudiante, se había entusiasmado con ese enfoque, en el convencimiento de que así se estaba llevando a la Ingeniería Química hacia un puerto mucho más firme y prometedor que las visiones descriptivas de algunas etapas previas.

Tuve allí, también, las primeras muestras de su concepto abierto del aprendizaje, cuando nos proponía la resolución de problemas con la posibilidad de consultar a cualquier fuente o pedir ayuda a cualquiera, obviamente, que no fuese él mismo.

Como alumnos, nos dejamos contagiar, junto a docentes del Departamento, de su entusiasmo por la aplicación de la informática a nuestra especialidad. Por ese tiempo, eso parecía una locura que sólo podía albergarse en los claustros de la Universidad, sin ninguna posibilidad concreta de transferirse a la Industria.

Pero Miguel estaba mirando más lejos y no se equivocaba.

Recuerdo su determinación para incorporar, en profundidad y con conceptos modernos, el Control Automático de Procesos en la formación del Ingeniero Químico de La Plata. Aquí corresponde, también, que haga una breve mención a la figura del Ing. Garcé, convocado para hacerse cargo de esa iniciativa.

Miguel fijó las bases del Departamento convocando a figuras señeras como Smith, Aris, Takahashi y otros expertos, nacionales y extranjeros, para caminar siguiendo el camino de los mejores.

Yo tuve la fortuna de comenzar mi carrera docente, como Ayudante Alumno, en su cátedra de Procesos Unitarios, hoy Ingeniería de las Reacciones Químicas.

Allí aprendí a dar clases, viéndolo a Miguel dictarlas y atendiendo a sus consejos, cuando me tocó el turno.

Después, los dos creamos la actual asignatura de Diseño Óptimo, donde, por primera vez, el alumno empezó a enfrentarse con problemas de solución múltiple, como lo son, en realidad, todos los planteos de la Ingeniería.

Fuimos, más tarde, compañeros en el Directorio de Petroquímica Bahía Blanca y en otros muchos lugares, algunos sin rótulos luminosos, tal vez, pero vitalmente trascendentes.

Miguel me formó, también, en el manejo de las expectativas que, como docente universitario totalmente dedicado, podía tener para manejarme en la vida.

Comenzó siendo mi profesor y terminó siendo mi amigo, sin dejar nunca, casi desde el principio, de ser un maestro. Tuve la suerte de podérselo decir y de que no renegase de considerarme su discípulo.

Caminamos juntos muchos años y en ese andar nos dijimos casi todo lo que teníamos para decirnos.

Con igual comodidad, pudimos intercambiar ideas mientras compartíamos una reunión científica o un lugar en la playa; cuando comíamos en un modesto local de comidas al paso o en el lujoso restaurante de un hotel de cinco estrellas.

A él, y a mí, por personalidad, nunca nos abrumó el entorno, convencidos, ambos, de que las cosas que realmente importan siempre nacen, crecen y caminan por adentro.

Nos hemos quedado, ahora, sin su compañía para transitar la vida. En mi caso, voy a hacerlo sintiendo que llevo, en la espalda, una mochila en la que empiezan a abultar demasiado los viejos recuerdos y las ausencias nuevas.

Permítanme que termine estas pocas palabras con algo que, hace mucho tiempo, escribí, pensando, justamente en lo que significa ser un maestro. Creo a Miguel le cuadra, como si, acaso, lo hubiera escrito pensando en él, para esta ocasión:

Nunca ha de morir del todo un jardinero.

Le ha de rescatar del gris y del invierno

la vida que en vida cultivó y la vida

que abrirá en la tierra que guarda su cuerpo.

Nunca se va del todo un jardinero.

Quedará presente, siempre, en el recuerdo

de las luces y las sombras, de los colores

que, por sus manos, alguna vez, crecieron.

Aunque otros hombres lleven, luego, la simiente,

flores nuevas nacerán por él, sin conocerlo.

Habrá de levantar, entonces, otra vez, su nombre el viento

y una vez más lo llorará el rocío, pausado y en silencio.

Palabras del Ing. Omar Iglesias en el homenaje realizado al Ing. Miguel De Santiago, en la Academia de la Ingeniería de la Provincia de Buenos Aires. La Plata, octubre 2014